



UN ARTÍCULO



¿Qué cosa tan caprichosa es el papel!
Delante de mis ojos tengo un pliego blanco como la nieve y terso como un espejo, empeñado en retratar lo que siento, lo que pienso y lo que veo.

Paseo mis miradas por su superficie, tendida á mis pensamientos como un lazo, y siento que todos los secretos de mi alma quieren salirse á un tiempo.

Nada hay más curioso que una cuartilla de papel blanco.

Es imposible tenerla delante sin estampar en ella algo de lo que pasa en nuestro interior.

¡Con qué malicia se coloca junto al tintero y próxima á la pluma! ¡Con qué tenacidad provoca nuestras confidencias!

¡Es singular! : al papel, que todo lo dice, es á quien todo se le confía.

El enemigo eterno de todo secreto, es el amigo íntimo del hombre.

Lo que acaso no depositaríamos en el corazón de una madre ni en la discreción de un amigo, lo depositamos muy tranquilamente en un pedazo de papel.

El banquero le confía sus capitales.

El poeta su alma.

El filósofo todos sus pensamientos.

Las mujeres su corazón.

Guttenberg, descubriendo la imprenta, no hubiera hecho gran cosa, si otro no se hubiese tomado el trabajo de descubrir el papel.

Desde el principio de las sociedades humanas se ve en el hombre el instinto de hacer papel.

Hoy el instinto se ha convertido en pasión.

Es preciso inclinarse en presencia de una observación que arroja la historia de todos los países: los grandes hombres son los que han hecho siempre más grandes papeles.

Parece que el mundo, desde sus primeros pasos, concibió la idea de ser una comedia permanente. Desde entonces cada hombre hace su papel, el papel que le toca.

Pero el punto de vista que atrae mis miradas en este momento es el papel blanco. Ese juez inexorable que se nos pone delante, queriendo penetrar hasta el último rincón de nuestro pensamiento.

Así como la palabra se ha hecho para disfrazar los pensamientos, el papel sirve para descubrir á los hombres.

Un día se encontró Dante en presencia de unos cuantos pliegos de papel blanco. Miróse en aquel espejo, y se vió como era : aquella superficie blanca fué atrayendo poco á poco los vigorosos rasgos de su inteligencia. El papel, semejante al caos en los momentos de la creación, iba llenándose sucesivamente de rayos de luz, de vapores brillantes, de formas y de colores.

Poco después llenaba el mundo la *Divina Comedia*.

¿Cuántas cabezas vacías no han descubierto los papeles públicos?

¡Extraña superficie! Todo lo refleja, hasta el vacío.

¡Cuántos poetas se han ignorado á sí mismos hasta que se han visto incitados por la presencia de un pedazo de papel blanco!

¡Cuántos sueños de talento y de sabiduría no ha desvanecido una cuartilla de papel!

¡Cuántas mujeres no firman su perdición al pie de una carta!

El papel desaparece debajo de la pluma como un camino que se anda : lo estoy observando en este momento.

Es además un espejo inflexible, que jamás nos adula.

Yo tiemblo cuando se me pone delante.

Sus amistades íntimas son la pluma y el tintero.

Casi siempre se hallan juntos.

Aquí están los tres pidiéndome á voces los secretos de mi alma.

Yo he revuelto todos los cajones de mi memoria, y no tengo nada que contarles.

Sé positivamente que existe un artículo, pero no doy con él. Yo lo tengo; pero ¿dónde?

¿Hay alguien que se atreva á decirme dónde está una idea que no se haya ocurrido aún?

Me parezco en este momento á una madre que anduviera buscando al hijo que tendrá el año que viene.

Suplico á mis lectores que borren la comparación que acabo de hacer, porque una madre no se puede comparar á nada.

Sin embargo, no hay necesidad de borrarla, porque la madre que yo he elegido para mi comparación no es madre todavía.

Todos comprenderán perfectamente que desea serlo.

¡La madre! He aquí un rincón oscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento al arcano, pero no debemos pasar del umbral del misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.» ¿Sabéis lo que quiere decir? Que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un

huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres á la puerta de una casa; los dos tropiezan á un tiempo, y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco á poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Este no tiene madre.

El que no sienta humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan en su compañía. ¡Ah! ¡por qué los abandonan!

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la mis-

ma proporción que se va alejando de su madre. No le pidáis á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ellas no hay más patria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.

Que un hijo sacrifique á su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, ó al más atrevido, ó al más robusto, ó al más inteligente, ó al más inquieto. La madre al más débil, al más afectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros, y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve es para él insondable; no sabe dónde empieza ni dónde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde. Viene en este momento á mezclarse entre mis

reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros, y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas, y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro á este cúmulo de inteligencia.

Pues bien: entre ese sabio á quien nada se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no haya aprendido aún más lenguaje que el de sus gritos, el desus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situación para el sabio; ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender á un niño que no habla todavía.

Sólo la madre sabe leer en ese corazón lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Sólo la madre tiene esa ciencia infusa, que ve de una sola mirada lo más oculto del alma, y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaría la cabeza ante tan incomprensible sabiduría.

Pero ahora recuerdo que yo empecé buscando un artículo.

Todavía no ha parecido.

¡Singular apuro! ¿Quién me presta un artículo?

He registrado hasta el último bolsillo de mi entendimiento, y no parece.

Empiezo á sospechar que mis lectores se quedarán sin él.

Esto no sería justo, y vuelvo á empezar.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida.

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

Todavía debe ser algo más preciso, más científico, por decirlo así.

La razón fría nos lo explicará.

No se puede nacer sin madre: esto es evidente.

Luego la madre es una cosa de todo punto necesaria.

¡Qué rayo de luz me ilumina en este momento!

Con la razón todo se encuentra.

La madre es un artículo de primera necesidad.

Perdónenme todas las mujeres que tienen hijos; pero yo no puedo menos de exclamar con el orgullo de mi razón satisfecha: ¡La madre! He aquí el artículo.



PENSAMIENTOS DE VERANO

DICIEMBRE es el mes más delicioso del año; sólo que hay que mirarlo á cierta distancia. Mírese á la luz de Julio, y se comprenderá la exactitud de esa observación.

Hay una manera muy sencilla de refrescar la memoria.

Basta con pensar en Enero.

¡Qué absurda es algunas veces la verdad!

Oigan Vds. esto.

¿Por qué las mujeres más frescas han de ser las que más nos quemén la sangre?

Ó de otra manera más amplia.

No hay cosa que acalore tanto como una frescura.

Aconsejo á todos los hombres amigos de su comodidad, que durante el calor no frecuenten más amistades que aquellas que se hayan enfriado.

—
Yo comprendo un verano delicioso.
Por ejemplo: un verano en invierno.

—
Lo negro recoge el calor y lo blanco lo rechaza.

Por medio de la razón se hace lo negro blanco y lo blanco negro.

Ahora bien: ¿quieren Vds. ponerse á cubierto del rigor de las estaciones?

Es una cosa muy fácil.

No hay más que hacerse negros en invierno y blancos en verano.

—
Y sin embargo, yo en el verano quisiera ser negro, por reirme del sol.

Me asestaría inútilmente sus rayos encendidos.

Yo podría decirle: no das en el blanco.

—
De seguro yo no tendría tanto calor, si no hubiera adquirido la invencible costumbre de ir siempre conmigo.

—
Es ciertamente bochornoso que en los países más libres el hombre vaya siempre encadenado á sí mismo.

Irrita la idea de que *yo* no pueda nunca separarme de *mi*.

¡Ah! yo soy mi cadena perpetua.

—
Un hombre desairado por una mujer, dice:

«Me ha dejado frío.»

Cualquiera puede añadir:

«Otra te hará sudar.»

—
¡No llueve en el verano!

He aquí la manía de los que no miran las cosas más que por la superficie.

Elévese la cuestión, y verá que llueve.

Lo que ocurre es que el agua se seca antes de que llegue á la superficie de la tierra.

—
Siempre que en los días de mucho calor me mira una mujer hermosa, se me ocurre la misma idea.

Yo digo: «¡Señora, si pudiera V. guardarme esa mirada para Diciembre!»

—
El verano, rigurosamente considerado, no es más que una operación comercial.

Es el calor que pone al género humano en liquidación.

—
El verano y las pasiones nos empujan á un mismo sitio.

El primero nos lleva á la orilla del mar: las segundas nos arrastran al borde del abismo.

¡Cuántos se han empobrecido sólo por hacerse la ilusión de que eran ricos!

Yo comprendo perfectamente esa barbaridad, y me la explico de este modo:

Madrid, Julio, etc.—Hace un calor insostenible. Si tuviera chimenea, la encendería, sólo para hacerme la ilusión de que estaba en invierno.

—
El hombre procede siempre de la misma manera.

Huye del calor, porque ahoga, y corre en busca del agua, que ahoga también.

—
¡Cuántas veces me han hecho feliz los aires de Rossini!

¡Cuántas veces me ha conmovido el aire de una mujer graciosa!

Hoy, lo confieso con ingenuidad, prefiero el aire de un abanico.

—
He aquí un desatino de primer orden.

La razón, que es tan fría, es la que tiene tan acalorado al mundo.

Esto es: la nieve hace hervir el agua.

—
Continuación del pensamiento anterior.

¡Cuánta frialdad necesita un hombre para incendiar un pueblo!

—
La reflexión es inútil en el verano, porque el ca-

lor es una cosa que no se puede considerar fríamente.

—
Voy á colocar sobre mi corazón un rótulo que diga:

ASEGURADO DE INCENDIOS.

El motivo que tengo es el siguiente:

He visto dos ojos que ocultan la negra intención de pegarme fuego.

—
En medio de la Puerta del Sol, en Julio, y á las doce del día, es cuando se conoce lo que abriga la capa del cielo.

—
El verano tiene algo de barbero.

¡Es tan aficionado á calentar el agua!

—
La medicina puede dar un gran paso en el terreno de los constipados.

Véase si esta idea no es verdaderamente luminosa.

—
El dinero es lo que más hace sudar á los hombres.

Parecerá caro este medicamento, pero léase lo que sigue.

El dinero que más hace sudar, es precisamente el dinero que no se tiene.

Y no sé por qué las Cortes se cierran en el verano.
¿Hay alguna época en que los gobiernos puedan ser defendidos con más calor?

—
¿Querrán Vds. creer que el calor me tiene con el agua al cuello?

—
Bajo una temperatura de 34 grados se comprende muy bien el talento de los hombres que saben vivir entre dos aguas.

—
Un hombre oscuro debe pasarlo muy bien en el verano.

Viene á ser un pedazo de tierra sin sol.
Más claro; una sombra.

—
Entre un hombre ardientemente enamorado y una mujer vanidosa, siempre sucede lo mismo.
Él se abrasa, y ella se baña en agua rosada.

—
No es eso lo peor, sino lo que sigue:
Todos le decimos á él: «Está V. fresco.»

—
Si yo atravieso alguna vez los desiertos de África, escribiré en mi libro de memorias este recuerdo:
«El sol cae á plomo sobre mi cabeza; mis pies se hunden en una arena que hierve; el aire encendido me rodea como una llama.»

«Inés, ¡quién pudiera encontrarse ahora dentro de tu corazón! ¡Es tan frío!»

El invierno debe ser el verano de la otra vida.

—
¡Qué ingrato es el hombre!
La capa es durante el invierno la mitad de su vida; pero llega el verano, y se la deja colgada.

—
La mía está suspensa. No tiene un año todavía.
¿Qué haré yo para que no se pique?

—
En este tiempo, para que la verdad no muera sofocada, es preciso dejarla salir desnuda.





LOS NIÑOS

—
QUÉ hermoso es siempre un niño!
Yo los veo todas las noches jugar en
el Prado formando distintos y variados
grupos, y me parecen ramilletes de rosas cortadas.

—
Dos cosas serían capaces de entretenerme toda
mi vida; ver correr el agua, y ver jugar á un niño.

—
Un niño tiene siempre todo el encanto de una
esperanza.

—
La música y los niños me producen el mismo
efecto ; si estoy triste, aumentan mi tristeza ; si es-
toy alegre, doblan mi alegría.

—
Si hubiera un ser á quien no le gustaran los
niños, ese ser de fijo no sabría querer á su propia
madre.
—

Lo más bello de la hermosura de una mujer, son sus hijos.

Una casa sin niños me parece un tiesto sin flores.

Me disgusta D. Nicolás de Moratín, porque los maltrata; y me encanta Fernán-Caballero, porque los pinta con singular ternura.

La única pena que produce en el alma la presencia de un niño, es el sentimiento de que dejará de serlo.

Tan puro es un niño, que sólo el egoismo humano se atreve á llorarlos cuando se mueren.

Los niños son el lazo que existe entre el cielo y la tierra, y el único acaso que los hombres no pueden romper.

¡Ah! ¡Qué desgraciados serán los que no tengan hijos, y qué perversos los que no quieran tenerlos!



DE TODO UN POCO

Lo que solemos decir de que estamos en la primavera es una ilusión que abrigamos, temerosos de que se hiele.

Hoy 30 de Mayo de 1859 puede ser muy bien el 30 de Diciembre de cualquier año.

Parece que en Madrid ha envejecido el tiempo y todo es invierno; ó más bien que se detiene espantado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos que está encargado de traernos.

Su aspecto es triste, su semblante oscuro, su aliento frío.

El sol deja escapar de vez en cuando una mirada misteriosa al través de las nubes, como si estuviera espiando al mundo sin querer ser visto.

Está como un observador atento detrás de unas persianas.

El agua que cae tiene también su importante significación en estos momentos.